

LA CASA DE FERNANDINA

Acabo de leerlo:

—“El Conde de Fernandina ha dejado su antigua residencia de la Calzada del Cerro esquina a Santa Teresa para trasladarse a la casa número 777 de la misma Calzada.”

Y noticia así publicada, a secas, merece algún comentario.

Quiero yo ponérselo.

¿Por qué dejar pasar en la brevedad de una nota de información lo que no puede escapar a la historia de nuestro desenvolvimiento social?

Deja esa condal mansión, al cerrarse, un mundo de recuerdos.

¡Todo lo que evoca!

Unida está de tal modo la aristocrática casa a sucesos inolvidables de la sociedad habanera que relegarla al silencio en estos momentos implicaría poco menos que una ingratitude.

Al través de un cuarto de siglo ha sido algo así como el dorado reducto de nuestra grandeza social.

Un solo hecho bastaría a fijarla en un recuerdo inmortal.

Fué en sus salones donde tuvo celebración el baile con que la vieja nobleza cubana festejó a la Infanta Eulalia a su paso por nuestra ciudad.

Magna fiesta.

De entonces a la fecha, y no obstante los años transcurridos, ninguna otra se recuerda en la Habana donde se hiciera tanto derroche de lujos y esplendores.

¿De cuántas otras fiestas suntuosas, ofrecidas en la señorial mansión de los Condes de Fernandina, tiene memoria la sociedad del pasado!

No me detendré a enumerarlas.

En tal empeño, caso de intentarlo, me acusaría a la postre de omisiones repetidas.

La distinción hizo de aquella casa su baluarte.

Y la hermosura tuvo allí su centro. Eran días felices...

Barrio el Cerro de la aristocracia, la casa de Fernandina gozaba de una primacía, de un verdadero privilegio.

Abiertos sus salones para frecuentes soirées por ellos desfiló la mejor sociedad de la época.

Las figuras más encumbradas, las bellezas más enaltecidas, todo cuanto tenía, un rango, un nombre y un prestigio.

Se respiraba dentro de aquellos muros un ambiente de grandeza y de señorío.

Faltaba el escudo a la puerta.

Pero, a cambio de esto, blasonaban las paredes de la condal residencia testimonios repetidos de la noble alcurnia de sus moradores.

De esa casa salieron para el altar las que hoy, damas las dos cuyos nombres de Josefina y Elena se pronuncian siempre con respeto, con cariño y con simpatía, realzan y enorgullecen a la sociedad del presente con sus prestigios, sus ejemplos y sus virtudes.

Vieron ellas deslizar bajo aquellos techos toda una risueña y feliz etapa de su juventud.

La casa vistió de luto un día.

Un día que fué de tristeza para toda la sociedad cubana, aquél en que hubo tanto dolor y tantas lágrimas por la muerte de la Condesa de Fernandina, augusta encarnación, en su persona, de la nobleza y del bien, tan ilustre por su nombre como por su alma.

El pesar de tamaña desgracia fué para la señorial mansión el ocaso de todas las alegrías.

No se abrió más.

Solitario, entre sus recuerdos, vivía en ella el Conde.

Allí se mantenía el venerable caballero como si creyese que abandonar la era una abdicación de las más caras memorias de su pasado.

Pero, al fin, la ha dejado.

Y el Cerro, testigo de tantas tristezas en estos nuevos tiempos, ha sufrido una más.

Honda y callada...

Enrique FONTANILLS.

